

V. La alternativa del causalismo	31
--	----

tiva", etcétera. Y por b) *relación causal*: la conexión entre el antecedente y el consecuente con las características que determinan las "teorías de la relación de causalidad" analizadas en este trabajo.

V. LA ALTERNATIVA DEL CAUSALISMO

Antes de ingresar en el breve análisis de la evolución del "causalismo" y su formulación, conviene advertir que esta doctrina plantea una alternativa ineludible. Cuando se busca la explicación de todas las cosas en sus causas, se cae inevitablemente en el criterio de reconocer una primera causa incausada (reconocer un comienzo a la causalidad) o hacer una infinita regresión de causas y efectos (*regressus ad infinitum*)²³. Esto se vincula con el problema de la

²³ Dice Bunge que el causalismo supone que todo aquello que pueda ser explicado lo sea de resultas de una causa o como eslabón de una cadena causal. Pero las cadenas causales tienen un comienzo, se supone que hay una primera causa, se imagina un primer motor, incausado, que eventualmente no es movido por su propia acción (el motor inmóvil de Aristóteles o el Uno de los neoplatónicos). Este requisito tiene carácter teleológico, afirma Bunge, implica una limitación del dominio de la causalidad, aunque no su negación. Si no se admite un primer principio, la causalidad exige el postulado de la infinita regresión de causas y efectos. Se preserva así la validez sin restricciones y se evita la suposición de una primera causa incausada. Pero, el regreso al infinito es ontológicamente ficticio y gnoseológicamente inoperante, por cuanto se explicaría el presente por medio de un

concepción “estática” o “dinámica” del mundo de la Naturaleza.

Ya el filósofo Immanuel Kant sostenía, simultáneamente, la posibilidad de dos tesis igualmente susceptibles de demostración, lo cual marca la dificultad acerca de este problema. Por una parte, afirmaba que el mundo tenía un comienzo en el tiempo y un límite en el espacio, y seguidamente mostraba también la posibilidad de lo contrario. Esto, a su vez, está estrechamente ligado al problema de la causalidad. Si aceptamos un comienzo determinado, debemos admitir la primera causa; lo cual, además de la dificultad de la elección de esa “primera causa incausada” nos conduce a la idea de que el mundo, en algún estado, fue “estático”, sin movimiento, y que hubo un primer impulso que lo puso en “movimiento”. Si, por el contrario, asumimos la tesis de una dinámica constante, debemos remitir las causas al infinito, y ello —como dice Mario Bunge— resulta gnoseológicamente inoperante por cuanto “se explicaría el presente por medio de un pasado en su mayor parte desconocido”²⁴.

Por lo tanto, la “causalidad”, como doctrina que afirma la validez universal de la conexión causal como única explicación científica de los cambios, lleva a ese “callejón sin salida”. Sin embargo, a los efec-

pasado en su mayor parte desconocido. Pero, además, esa regresión al infinito no permite comenzar en ningún estadio dado del desarrollo, sino que exige un retroceso continuo o interminable. La regresión al infinito existe —dice—, pero no es de índole causal (ob. cit., p. 161).

²⁴ Ídem.

tos de la validez como método del conocimiento humano, se han formulado, a lo largo del tiempo, pautas y reglas que han ido precisando su función y su estricto campo de aplicación.

VI. CAUSALISMO PRIMITIVO

Según Mario Bunge, el causalismo es un método que se desarrolló en épocas primitivas. En los postulados del estoicismo —sostiene— se aprecia la existencia de mitos para explicar el origen del Universo en su conjunto, lo cual implicaría la búsqueda de la explicación de las cosas por sus causas. Como la explicación racional no se hallaba, las religiones brindaban respuesta a los interrogantes. En aquellas épocas no se conocía el azar como productor de consecuencias, ni se creía en coincidencias fortuitas²⁵. Nos animaríamos a afirmar —siguiendo la interpretación de Bunge— que aún no se había elaborado la categoría del “azar”. En consecuencia, se puede comprender que no hubiera diferencia entre los cambios causales y los cambios fortuitos, a nivel gnoseológico claro está.

En consecuencia, la explicación causal —aunque para ello se debiera recurrir al misticismo— no

²⁵ Bunge, ob. cit., p. 150.